

Levantó los brazos temblorosos.

—¡Ah! señor, puede usted creer que me hubiese marchado, sino fuera por la enfermedad de Carlitos... Entre usted y le verá.

No entró, pero alargó el cuello y movió la cabeza al ver al niño, acostado en una cama muy blanca, la cara roja de fiebre, mirando á su madre con sus ojos brillantes.

—¿Por qué no se lo lleva usted? La instalaré en Sedan... Envuélvale usted en una manta caliente y véngase con nosotros.

—¡No puede ser! El médico me ha dicho que le mataría si le sacaba á la calle. ¡Si viniese su padre! Pero solo quedamos los dos y tenemos que conservarnos el uno para el otro. Acaso esos prusianos no quieren hacer daño á una mujer sola y á un niño enfermo.

En aquel momento se presentó Weiss, muy contento por las medidas de precaución que había tomado.

—Si quieren entrar, tendrán que romperlo todo. ¡Ahora, vámonos! arrimados á las casas, si no queremos pescar algo.

En efecto, el enemigo debía preparar un nuevo ataque, porque aumentaba el fuego de fusil y el silbido de las granadas no cesaba. Dos habían caído ya en el camino á un centenar de metros, otra se había empotrado en un jardín, sin estallar.

—Oiga, Francisca, quiero dar un beso á Carlitos... Pues no está muy mal; dentro de un par de días estará fuera de peligro... Tenga usted valor y métase usted en casa; no se asome usted para nada.

Los dos hombres se marchaban.

—Hasta la vista, Francisca.

—Hasta la vista, señores.

En aquel mismo instante se produjo un estrépito horrible. Era una granada que después de haber echado abajo una chimenea de la casa de Weiss, caía sobre la acera, donde reventó con tal violencia, que todos los cristales se rompieron. Un polvo espeso, una humareda pesada, impidieron ver al pronto. Después la fachada reapareció, estropeada, y, allí, sobre el umbral, Francisca estaba atravesada, muerta, con las calderas rotas, la cabeza aplastada, un pingajo humano, todo rojo, horrible.

Weiss acudió inmediatamente. No encontraba palabras, sólo salían de su boca juramentos.

Se acercó. Estaba muerta. Se había bajado á su lado, le tentaba las manos, y al levantarse se encontró con el semblante rojo de Carlitos, que había levantado la cabeza para mirar á su madre. No decía nada, no gritaba, únicamente sus ojos, desmesuradamente abiertos, contemplaban aquel cuerpo horrible, que no reconocía.

—¡Ahora,—dijo Weiss furioso,—esos canallas se entretienen matando mujeres!

Se había puesto en pie y amenazaba con el puño á los bávaros, cuyos cascos volvían á presentarse, del lado de la Iglesia. La vista del tejado de su casa, medio destruido por la caída de la chimenea, acabó por ponerle rojo de cólera.

—¡Indecentes! matáis á las mujeres y destruis mi casa... ¡No, no puede ser, no puedo irme de este modo, me quedo!

De un salto cogió el chasseur y los cartuchos del soldado muerto. En las grandes ocasiones, cuando

quería ver muy claro, llevaba siempre un par de gafas que no se ponía por no disgustar á su mujer. Arrancó los lentes y los reemplazó con las gafas, y aquel buen hombre en paletó, con su cara redonda, que la rabia transfiguraba, casi cómico y magnífico de heroísmo, se puso á disparar tiros á los bávaros, al montón que se hallaba al otro extremo de la calle. Eso le calmaba la sangre y estaba muy contento tumbando á algunos, vengándose así de los atropellos de 1814, cuyos cuentos habían mecido su niñez.

—¡Indecentes! ¡indecentes!—repetía.

Y seguía tirando siempre, tan rápidamente, que el cañón del chassepot acababa por quemarle los dedos.

El ataque se anunciaba terrible. Del lado de las praderas el fuego había cesado. Dueños de un riachuelo estrecho, bordeado de álamos y de sauces, los bávaros se disponían á dar el asalto á las casas que defendían la plaza de la Iglesia, y sus tiradores se habían replegado prudentemente; el sol únicamente dormía, tendiendo sus hilos de oro sobre el desarrollo inmenso de las hierbas, que manchaban algunas los cuerpos de los soldados muertos. El teniente había abandonado el patio de la tintorería, dejando solo allí un centinela, comprendiendo que el peligro estaba ahora del lado de la calle.

Colocó á sus hombres á lo largo de la acera, con orden de si el enemigo se apoderaba de la plaza, parapetarse en el primer piso y defenderse hasta agotar el último cartucho. Acostados sobre la tierra, ocultándose detrás de los marcos de las puertas, aprovechando los menores intersticios, los hom-

bres tiraban á voluntad; y en aquella ancha vía, alumbrada por el sol y desierta, pasaba un huracán de plomo, una humareda, algo como una granizada empujada por el viento. Vieron á una joven atravesar la calle de una carrera y sin que le alcanzaran las balas. Después, un aldeano, un viejo, que se empeñaba en hacer entrar un caballo en la cuadra, recibió un balazo en medio de la frente y con tal violencia, que fué á caer en medio del camino. El tejado de la Iglesia se había huudido, á consecuencia de la caída de una granada. Otras dos habían incendiado las casas, que ardían dejando oír el crujido de sus maderas. Y aquella infeliz Francisca, aplastada, cerca de su hijo enfermo, aquel aldeano con una bala en la frente, aquellos destrozos, aquellos incendios, acababan por exasperar á los habitantes, que habían preferido morir allí que escaparse á Bélgica. Obreros, señores y aldeanos disparaban con rabia y sin cesar desde las ventanas.

—¡Ah! esos bandidos han dado la vuelta,—dijo Weiss.—Les veía que tomaban á lo largo de la vía férrea... ¡Mire usted! ¿Los oye usted? allá, á la izquierda.

En efecto, acababa de empezar el tiroteo por detrás del parque de Montivillers, cuyos árboles bordeaban el camino. Si el enemigo se apoderaba del parque, Bazeilles estaba perdido. Pero la violencia misma del fuego, probaba que el comandante del 12.º cuerpo había previsto el movimiento y que el parque se hallaba defendido.

—Tenga usted cuidado ¡torpe! dijo el teniente, obligando á Weiss á arrimarse á la pared, va usted á quedar hecho una tortilla.

Aquel hombrachón tan valiente, con sus gafas, había acabado por interesarle y como sintiera que venía una granada, le había apartado paternalmente. El proyectil cayó á unos diez pasos, reventó llenándoles de metralla. Weiss se quedó de pie sin recibir un arañazo, mientras que el teniente tenía las dos piernas destrozadas.

—¡Vamos! ¡ya tengo lo que me hacía falta!

Había caído sobre la acera, he hizo que le apoyaran contra la puerta, cerca de la mujer que yacía allí, atravesada y su fisonomía conservó el mismo aire enérgico y testarudo.

—Esto no es nada, muchachos, escuchadme... Tirad á gusto, sin precipitarse. Ya os avisaré cuando haya que atacarlos á la bayoneta.

Continuó mandándolos, manteniendo derecha la cabeza, vigilando al enemigo. Enfrente, otra casa había empezado á arder. El chisporroteo, el tiroteo, los estallidos de las granadas, desgarraban el aire que se llenaba de polvo y de humo. Algunos hombres caían en los esquinazos de las callejuelas, los muertos, aislados unos, otros en montones, formaban manchas sombrías, salpicadas de rojo. Y encima del pueblo, aumentaba el clamoreo, la amenaza de millares de hombres arrojándose sobre algunos centenares de valientes, dispuestos á morir.

Entonces, Delaherche, que no había cesado de llamar á Weiss, preguntó por última vez:

—¿No viene usted?... ¡Pues le dejo! ¡adiós!

Eran las siete y se había retrasado mucho. Mientras que pudo andar al amparo de las casas, se aprovechó de los resquicios de las puertas, pegándose, arrimándose á la pared á cada descarga. Nun-

ca se hubiera creído tan joven ni tan ágil. Pero al final de Bazeilles, cuando tuvo que seguir durante trescientos metros el camino desierto que barrían las baterías del Liry, empezó á temblar, aunque estaba sudoroso. Durante un momento, avanzó agachado, en un foso. Después echó á correr, derecho, atontado, oyendo continuos disparos. Sus ojos se quemaban, creía marchar entre llamas. Aquello duró una eternidad. De pronto, vió una casita á la izquierda y se metió dentro, pareciéndole que se le había quitado del pecho un peso enorme. Alguna gente le rodeaba, hombres y caballos. Primero no había conocido á nadie, después le extrañó ver tanta gente.

¿No era aquel el emperador con todo su estado mayor? Dudaba aunque creía conocerle, desde que había estado á punto de hablarle en Baybel; después se quedó perplejo. Era Napoleón III, que se le aparecía más grande á caballo, con los bigotes tan retorcidos, afilados, las mejillas tan pintadas, que lo vió en seguida rejuvenecido, pintarrajeado como un actor. Indudablemente se había hecho pintar la cara, para no pasear entre su ejército el espanto de su pálido semblante, descompuesto por el dolor, con la nariz delgada y los ojos turbios. Prevenido de que se batían desde las cinco en Bazeilles, había acudido silencioso y triste, como un fantasma, reanimadas las carnes con bermellon.

Una tejería estaba allí, ofreciendo un refugio. Por el otro lado una granizada de balas acribillaba las paredes y las granadas á cada instante caían sobre el camino. Toda la escolta se había detenido.

—Señor; murmuró una voz, hay peligro...

El emperador se volvió, ordenó á su estado mayor se colocara en el estrecho callejon, que bordeaba la tejería. Allí los hombres y los caballos estaban completamente ocultos.

—Señor; esto es una locura... señor, le suplicamos...

Repitió la orden, como para decirles que la aparición de un grupo de uniformes, sobre aquel camino pelado, llamaría la atención de las baterías de la margen izquierda. Y, solo, se adelantó, en medio de las balas y de las granadas, sin prisa, con el mismo paso triste é indiferente, yendo á su destino. Sin duda oía detrás de sí la voz implacable que le empujaba hacia adelante, la voz que gritaba desde París: «¡Anda, anda! muere como un héroe sobre los cadáveres de tu pueblo, llama la atención del mundo entero, para que tu hijo pueda reinar» Avanzaba al paso menudo de su caballo. Anduvo así un centenar de metros. Después se detuvo, aguardando la muerte que había ido á buscar. Las balas silbaban como un viento de equinoccio, una granada había estallado, cubriéndole de tierra; continuó aguardando. Las crines de su caballo se encrespaban, toda su piel se estremecía, en un instintivo retroceso, delante de la muerte que pasaba á cada segundo, sin querer hacer presa en aquel hombre ni en aquel caballo. Entonces, después de aquella espera, el emperador, con su fatalismo resignado, comprendiendo que su destino no estaba allí, volvió tranquilamente, como si solo hubiera deseado reconocer la exacta posición de las baterías alemanas.

—Señor, ¡cuánto valor! Por favor, no se exponga más...

Hizo un movimiento invitando á que le siguiera su estado mayor, y exponiéndole esta vez como él mismo se exponía, subió hacia la Moncelle á través de los campos, por los terrenos al descubierto de la Rapaille. Un capitán cayó muerto, dos caballos también. Los regimientos del 12.º cuerpo, ante los cuales pasaba, le veían llegar y desaparecer como un espectro, sin un saludo, sin una aclamación.

Delaherche había presenciado aquellas cosas. Temblaba al pensar que en cuanto abandonase la tejería, él también iba á verse envuelto en una lluvia de balas. No tenía prisa en marcharse, oía ahora la conversación de varios oficiales que habían perdido sus caballos y que se habían quedado allí.

—Le digo á usted que ha quedado muerto en el acto, una granada le ha partido en dos pedazos.

—No, hombre; he visto cuando se lo llevaban... una herida sin importancia, en el muslo.

—¿A qué hora?

—A las seis y media, hace una hora...

Allá arriba, cerca de la Moncelle, en un caminito cubierto...

—¿Ha regresado á Sedán?

—Sí, ya está en Sedán.

¿De quién hablaban? Delaherche acabó por comprender que hablaban del mariscal Mac Mahon, herido al ir á visitar las avanzadas. ¡El mariscal herido! Era nuestra buena suerte, como había dicho el teniente de infantería de marina. Estaba reflexionando acerca de las consecuencias del accidente,

cuando pasó á todo escape una estafeta, gritando á un compañero á quien acababa de conocer:

—¡El general Ducrot es general en jefe! Todo el ejército vá á concentrarse en Illy para batirse en retirada sobre Mezieres.

La estafeta se hallaba ya lejos, entraba en Bazeilles, bajo el fuego que aumentaba; mientras que Delaherche, asustado por tantas noticias tan extraordinarias, temiendo verse cogido en la retirada de las tropas, se decidió y echó á correr hacia Ballan, desde donde ganó Sedán, sin muchas dificultades.

En Bazeilles, la estafeta galopaba siempre buscando á los jefes para darles órdenes. Y las noticias corrían también, el mariscal Mac-Mahón herido, el general Ducrot comandante en jefe, todo el ejército replegándose sobre Illy.

—¿Cómo? ¿qué es lo que dicen?—dijo Weiss, en negrecido por el humo de la pólvora.—¡Batirse en retirada sobre Mezieres á aquella hora! Pero es una locura, nunca podrán pasar.

Se desesperaba, remordiéndole la conciencia de haber aconsejado la víspera, precisamente al general Ducrot, la retirada sobre Mezieres. La víspera no había otro plan aceptable; la retirada, la retirada inmediata por el desfiladero de San Alberto. Pero ahora el camino debía hallarse cogido, todo el hormigueo negro de prusianos, se había ido allá, á la llanura de Donchery. Y locura por locura, no había más remedio que escoger una de desesperados y de valientes, la de echar á los bávaros al Meuse y pasar por encima de ellos para tomar el camino de Carignan.

Weiss explicaba las posiciones al teniente, sentado, apoyado contra la puerta, con las dos piernas rotas, muy pálido y agonizando á consecuencia de la sangre que perdía.

—¡Mi teniente, le aseguro á usted que tengo razón!... Diga usted á sus hombres que no se retiren. Ya vé usted que somos victoriosos, ¡un esfuerzo más y los tiramos al Meuse!

En efecto, el segundo ataque de los bávaros acababa de ser rechazado. Las ametralladoras habían barrido de nuevo la plaza de la iglesia, los cadáveres amontonados formaban barricadas, y de todas las callejuelas, se rechazaba al enemigo á la bayoneta, á las praderas; una desbandada, una huida hacia el río, que se hubiera cambiado en derrota, si algunas tropas de refresco hubiesen apoyado á los marinos, ya extenuados y diezmados. Por otra parte, en el parque de Montivilliers, el tiroteo no avanzaba mucho, lo que indicaba que, por aquel sitio también, algunos refuerzos habían despejado el bosque.

—Diga usted á sus hombres, mi teniente... ¡á la bayoneta, á la bayoneta!

Blanco como la cera, la voz moribunda del teniente tuvo aun fuerza para decir:

—¿Oís, hijos míos? ¡A la bayoneta!

Y fué su último aliento; murió con la cabeza derecha, abiertos los ojos, mirando siempre la batalla.

Las moscas revoloteaban y se paraban sobre la cabeza destrozada de Francisca, mientras que Carlitos, en la cama, presa del delirio de la fiebre, la llamaba, pedía agua en voz baja y suplicante.

—Madre, despierta, levántate... Tengo sed, tengo mucha sed...

Pero las órdenes eran muy severas, los oficiales tuvieron que ordenar la retirada, disgustados de no poder sacar partido de las ventajas que habían obtenido. Seguramente que el general Ducrot, asustado por el movimiento envolvente, lo sacrificaba todo al intento loco de escapar de aquella encerrona.

La plaza de la iglesia fué evacuada, las tropas se replegaron de calle en calle, y el camino quedó desierto. Gritos y lamentos de mujeres se dejaban oír; los hombres juraban, amenazaban, furiosos de verse abandonados. Muchos se encerraban en sus casas, dispuestos á defenderse hasta morir.

—Pues bien, yo no me voy,—dijo Weiss fuera de sí.—No, prefiero perder el pellejo... ¡que vengan á romperme los muebles y á beber el vino!

Sólo quedaba en él la rabia, el furor inextinguible de la lucha, el pensamiento de que el extranjero iba á entrar en su casa, sentarse en su silla, beber en su vaso. Eso sublevaba todo su sér y hacía que se olvidara de toda su existencia, de su mujer, de sus negocios. Se encerró en su casa, hizo barricadas, daba vueltas como una fiera en su jaula, pasando de una á otra habitación, asegurándose de que todas las aberturas estaban bien cerradas. Contó los cartuchos, y vió que le quedaban unos cuarenta. Después, al ir á echar una última ojeada hacia el Meuse para asegurarse de que no había que temer ningún ataque por aquel sitio, la vista de los montes de la margen izquierda le hizo detenerse de nuevo. Algunas nubecillas de humo indi-

caban exactamente las posiciones que ocupaban las baterías prusianas. Y, dominando la formidable batería de Frénois, en el ángulo del bosque de la Marfée, vió el grupo de uniformes, más numeroso, tan brillante al sol, pues poniendo los lentes por encima de las gafas distinguía el oro de las hombreras y de los cascos.

—¡Indecentes! ¡Indecentes!—repetía amenazándoles con el puño.

Allá arriba, sobre la Marfée, estaban el rey Guillermo y su Estado Mayor. Desde las siete en que había venido de Vendresse, donde había dormido, se encontraba allá arriba al abrigo de todo peligro, teniendo ante su vista el campo de batalla sin límites. El inmenso plano en relieve iba de un extremo á otro del cielo, mientras que de pie sobre el montecillo, como desde un trono reservado, desde aquel gigantesco palco de gala, miraba atentamente.

En medio, sobre el fondo sombrío del bosque de los Ardennes, envuelto en el horizonte, se destacaba Sedán con las líneas geométricas de sus fortificaciones que las praderas inundadas y el río anegaban al Sur y al Oeste. En Bazeilles ardían algunas casas, una polvareda de batalla envolvía el pueblo. Después, al Este, desde la Moncelle á Givonne, sólo se veían, semejantes á líneas de insectos, atravesando los rastrojos, algunos regimientos del 12.º y del primer cuerpos, que desaparecían por momentos en el estrecho vallecito donde las aldeas se escondían; y enfrente aparecía el reverso: campos yermos que el bosque Chevalier manchaba con su masa verde. Pero sobre todo, al Norte, el 7.º cuer.

po estaba muy á la vista, ocupando con sus mové-
dizos puntos negros la meseta de Floing, una an-
cha banda de tierras rojizas, que bajaban desde el
bosque de la Garenne hasta el borde del agua.

Más allá se veía Floing, Saint Menges, Fleigneux,
Illy, aldeas perdidas entre las ondulaciones del te-
rreno, toda una región atormentada, cortada, es-
carpada. Y á la izquierda, el cierre del Meuse, las
aguas lentas, como plata nueva, al sol claro, ence-
rrando la península de Iges; en su ancha y perezosa
revuelta, cerrando el camino de Mezieres, de-
jando solo entre la ribera extrema y los inextrica-
bles bosques, la puerta única: el desfiladero de
Saint Albert.

Los cien mil hombres y los quinientos cañones
del ejército francés estaban allí, amontonados, cer-
cados en aquel triángulo; y cuando el rey de Pru-
sia se volvía hacia el Oeste, veía otra llanura, la
de Donchery, campos vacíos ensanchándose en di-
rección á Briaucourt, Maraucourt y Vrignes aux-
Bois, tierras grises hasta perderse de vista, y cuan-
do se volvía hacia el Este, se divisaba también en-
frente de las líneas francesas, tan apretadas, una
inmensidad libre, un pululamiento de pueblos, Dou-
zy y Carignan primero; después, subiendo, Rubé-
court, Pourru aux Boix, Francheval, Villers Cer-
nay, hasta la Chapelle, cerca de la frontera. Toda
la tierra que había alrededor le pertenecía, empu-
jaba á capricho los doscientos cincuenta mil hom-
bres y los ochocientos cañones de sus ejércitos y
abrazaba de una sola ojeada su marcha avasalla-
dora.

Ya por un lado el 11.º cuerpo avanzaba sobre

Saint Menges, mientras que el 5.º cuerpo estaba en
Vrignes-aux Bois y que la división wurtembergue-
sa aguardaba cerca de Donchery, y del otro lado,
si los árboles y los montes le molestaban, adivinaba
los movimientos; acababa de ver al 12.º cuerpo pe-
netrar en el bosque Chevalier y sabía que la guar-
dia debía haber alcanzado Villers Cernay. Eran los
brazos del torno, el ejército del príncipe real de
Prusia á la izquierda, el ejército del príncipe real
de Sajonia á la derecha, que se abrían y subían con
irresistible movimiento, mientras que los dos cuer-
pos bávaros se lanzaban sobre Bazeilles.

A los pies del rey Guillermo, desde Remilly á
Frénois, las baterías atronaban el espacio sin des-
canso, cubriendo de granadas la Moncelle y Daig-
ny, yendo por encima de Sedán á barrer las mese-
tas del Norte. Eran poco más de las ocho y aguar-
daba el inevitable resultado de la batalla, con la
vista fija en aquel gigantesco tablero de ajedrez,
ocupado en guiar aquellas masas de hombres, fiján-
dose en la lucha encarnizada de algunos puntos
negros, perdidos en medio de la eterna y sonriente
naturaleza.

II

Sobre la meseta de Floing, al amanecer, en la
niebla espesa, la corneta de Gaude tocó diana á
plenos pulmones. Mas había tanta humedad en el
aire, que los alegres toques de corneta se perdían
en el espacio. Los hombres de la compañía que no
habían tenido valor de colocar las tiendas, envuel-
tos en las lonas, acostados en el barro, no se des-